



Mitológicas

ISSN: 0326-5676

caea@sinectis.com.ar

Centro Argentino de Etnología Americana
Argentina

Pérez, Alberto Julián
EL PENSAMIENTO DE RODOLFO KUSCH: UNA MANERA DE ENTENDER LO AMERICANO
Mitológicas, vol. XVIII, núm. 1, 2003, pp. 59-66
Centro Argentino de Etnología Americana
Buenos Aires, Argentina

Available in: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=14601803>

- How to cite
- Complete issue
- More information about this article
- Journal's homepage in redalyc.org

redalyc.org

Scientific Information System
Network of Scientific Journals from Latin America, the Caribbean, Spain and Portugal
Non-profit academic project, developed under the open access initiative

EL PENSAMIENTO DE RODOLFO KUSCH: UNA MANERA DE ENTENDER LO AMERICANO

Alberto Julián Pérez*

Summary: This article presents the ideas of Argentinean philosopher Rodolfo Kusch (1922-1979) and his interpretation of the culture of the American continent. I study his main contributions to the philosophy of America that he developed after doing extensive field research in Bolivia and the Argentinean North West. Kusch created an original anthropological interpretive framework to explain the idiosyncrasy of life in the Americas, and he coined several working concepts I discuss – indigenous seminal thought, forms of being, little and big history, indigenous resentment, the courtyard of things in Occidental culture. A disciple of Heidegger, the originality of his thought still awaits to be recognized by our critics, anthropologists and philosophers.

Key words: Seminal Thought, Little and Big History, Two Ways of Being.

Voy a tratar de explicar el pensamiento de Rodolfo Kusch (1922-1979) y su manera de interpretar lo americano, desde mi posición personal de crítico literario interesado en el ensayo latinoamericano. La obra ensayística de Kusch es labor de filósofo heterodoxo y antropólogo autodidacta. Le asignó un papel importante a la literatura en su interpretación de América (aunque valoró más la cultura popular que la letrada) y reflexionó con frecuencia sobre libros de autores argentinos como Güiraldes, Hernández y Sarmiento; escribió también obras de teatro: *Tango*, *Credo Rante*, *La muerte del Chacho* y *La leyenda de Juan Moreira*.

Al acercarme al pensamiento de Kusch tengo como propósito tratar de aprender conceptos y nociones que puedan resultarme

Massuh, una fuente de saber útil para entender nuestra literatura y cultura. En el pasado he enriquecido mi comprensión de los textos estudiados, sean los cuentos de Borges, o los poemas de Rubén Darío, o las novelas de Güiraldes, con el aporte de las obras de críticos, teóricos y filósofos europeos y norteamericanos, como Barthes, Foucault, Bakhtin, Derrida, Said, Jameson, Butler, cuyos libros son modelos teóricos y prácticos para exegetas de distintas latitudes.

Los estudiosos argentinos hemos sido fieles a esta tradición crítica y de ella se alimentan las cátedras universitarias y las revistas especializadas de crítica literaria. Debo reconocer en este apego a una gran tradición crítica internacional, que es producción intelectual europea y

lleva a buscar “maestros” entre los críticos de la intelectualidad de esos países. Sus obras me ayudan a profundizar la comprensión de los textos que estudio, pero hay en mí y en otros críticos latinoamericanos ciertos sentimientos de inferioridad, difíciles de confesar, que hacen que ignoremos los méritos de los pensadores locales. Los consideramos demasiado vernáculos, demasiado oscuros y desprolijos, o finalmente, poco filósofos según la tradición europea. Al marginar a estos pensadores, o al negarles a sus ideas y opiniones el nivel “científico” necesario para formar parte de un aporte permanente a nuestro autoconocimiento, cercenamos una fuente de saber que yo considero necesaria para conocer en todas sus dimensiones nuestra cultura.

Es cierto que nuestros ensayistas muestran en sus obras ciertos prejuicios y dan opiniones circunstanciales; no encontramos en ellos muchas veces esas verdades contundentes (y racionales) que buscamos los estudiosos de las universidades latinoamericanas en los académicos y filósofos de las universidades europeas y norteamericanas. No ofrecen, salvo excepciones, razones superiores bien basadas en la cultura filosófica y resulta difícil esgrimir sus juicios en discusiones intelectuales si pretendemos cerrar con ellos un debate. Sus pensamientos resultan acotados y producen cierto malestar en los lectores. Porque no presentan siempre conceptos claros, no son fáciles de aprender. Representan el “sentido común” de nuestra

deuda, tanto he aprendido de los pensadores europeos y tan poco de los nuestros, quizá por eso sé tan poco de América y lo poco que sé lo entiendo con anteojos europeos, al punto que si trato de ver con ojos latinoamericanos, me parece que nuestros pensadores tienen una visión defectuosa.

En Europa el ensayo ocupa una esfera más específica del saber que en Latinoamérica, puesto que Europa cuenta con una bien asentada tradición filosófica y una gran cultura académica, pero en Latinoamérica el papel del ensayo se extiende y su saber lidera el conocimiento de lo propio, ante una cultura académica débil y dependiente y una cultura filosófica sin originalidad y nada productiva. El ensayo cubre ese vacío y además instaura el motivo principal del pensar latinoamericano: la pregunta por América y por el ser americano. El ensayo (y la poesía) ocupan un papel fundamental en la cultura de América: son los géneros más activos en nuestro autoconocimiento, donde se unen la intuición del habitante de estas tierras, su picardía y personalidad y su voluntad de conocer y de ser. Si no logramos dar al ensayo un lugar, un espacio en el conocimiento de América (la poesía ya ocupa ese espacio propio y es enorme el impacto que tiene en el imaginario americano), nuestra vida intelectual no será más que un pobre remedo de las culturas europeas y norteamericana, una muestra lastimosa de sometimiento colonial.

Me propongo dejar de lado esos prejuicios y asumir una nueva actitud intelectual:

junto a Judith Butler, a Perón junto a Negri, a Mariátegui junto a Gramsci. Incorporar estas fuentes nuestras como un saber activo, útil, para enriquecer la comprensión de lo argentino y latinoamericano, aunque la mezcla provoque algunas confusiones. Quizá esa confusión sea un fiel reflejo de la idiosincrasia de nuestra cultura heterogénea y mestiza.

Pienso que a conclusiones similares a éstas tiene que haber llegado Rodolfo Kusch al iniciar su tarea como filósofo: educado en la tradición filosófica europea asumió una actitud heterodoxa para entender lo americano. Se preguntó que es lo que hacemos los pequeño-burgueses educados, los intelectuales urbanos de clase media, frente a lo americano. Cuestionó el modo en que la pequeña burguesía liberal interpretaba a América: su lógica de la afirmación, su fe en la ciencia, los llevaba a asumir una forma de vida que no era auténtica. Vivimos, según Kusch, para afirmar un mundo que queremos sea un remedo de Europa y Estados Unidos, occidental, centrado alrededor de los logros utilitarios y económicos (*O.C.* I:103-113). Y la ciencia ignora nuestros valores y nuestro ser: impone un mundo objetivo, matematizable, que tiene poco que ver con el hombre. El ser humano, para Kusch, vive en una constante búsqueda de sentido y lucha por establecer su significación. El hombre moderno, “civilizado” y urbano contemporáneo comparte esta experiencia con los hombres de otras culturas, incluidas las culturas nativas, indígenas americanas y las

auténtico, americano (*O.C.* II:549-56). El hombre parte del “estar”, y del estar pasa al “ser”. El estar se asocia con el ámbito, con el domicilio. En América el estar es un “estarsiendo”; en Europa, en cambio, es un “ser-estando”: parten del ser y pasan al estar, al domicilio. En América el ser refleja el ámbito, y es distinto al ser de otras culturas. Querer imponerle el ser europeo, como pretende la pequeña burguesía urbana es, para Kusch, buscar colonizarlo. El ser latinoamericano se resiste a la colonización, y los adelantos de las sociedades europeas y norteamericana, científicos, modernos, industriales, no terminan de cuajar y encontrar su ámbito en Latinoamérica. El sudamericano, establecido en su “estar”, se rebela contra la imposición científico-racional. Y porque se lo quiere forzar a aceptarla se resiente. Llevado por su resentimiento procura crear sentido en su mundo, y afirmar su estar aquí. Las masas del pueblo latinoamericano son para Kusch las que más resisten las imposiciones de una sociedad racional y científica, y se defienden en el estar (*O.C.* II:656). Kusch reconoce su protagonismo al pueblo más pobre y desprotegido, el pueblo de las villas miserias, el de los poblados rurales del nordeste, el pueblo identificado con el movimiento peronista. Si lo que define al hombre es su búsqueda de significado, su necesidad de encontrar un sentido a la existencia, el latinoamericano tiene su propia manera de buscar ese sentido. La diferencia entre el ser y el estar del castellano, que no aparece en

lo largo de la Cordillera de los Andes, el sitio del antiguo imperio incaico. Este hecho apoya la convicción de Kusch de que en América el estar tiene prioridad sobre el ser, que caracteriza a la ontología occidental europea (*O.C.* II:108-13). España, por su parte, siendo un país europeo cuya cultura resultó históricamente marginada y su proceso de democratización demorado en relación con las naciones protestantes, comparte con las culturas nativas latinoamericanas cierta actitud ante el “estar aquí”. Sarmiento y Alberdi, desde una perspectiva europeísta y científicista, acusaron a los españoles de desidia y atraso, y vieron como necesario en Argentina cambiar el carácter de la población local, condenada por la herencia española, atrayendo inmigrantes del norte de Europa, que inculcaran sus ideales de progreso y amor al trabajo.

Para Kusch, la ideología liberal de la república inmigrante había fracasado en Argentina, porque se había enfrentado a la negación y el resentimiento de las masas peronistas y del indio (*O.C.* II:650-3). La cultura pequeño-burguesa urbana argentina, identificada con el estado liberal, mostraba, ante esta realidad, su desazón, su pesimismo, su sentimiento de fracaso. La literatura y la cultura letrada, para Kusch, eran incapaces de comprender la realidad de América (*O.C.* II:266-73). La ve como una cultura colonial, que se afirma en los valores europeos y busca implantar esos valores en América. El universitario, el letrado, el literato, quieren

La cultura letrada está divorciada de América. Por eso Kusch en su búsqueda de lo americano no recurre a la cultura letrada sino a la popular y a la nativa. En este proceso, el filósofo se vuelve antropólogo. Si vemos los principales títulos de su obra ensayística, comprobamos esta transición en su obra de la filosofía a la antropología: *Seducción de la barbarie. Análisis herético de un continente mestizo* (1953), su primera obra, es un libro filosófico, donde Kusch ubica su pensamiento en relación con la dialéctica sarmientina de civilización y barbarie, reinterpretando el problema; en *América profunda* (1962) el filósofo recurre a las crónicas coloniales para entender el pensamiento indígena; *Indios, porteños y dioses* (1966) es un diario de viaje de Buenos Aires a Bolivia, donde Kusch prioriza el trabajo de campo, la observación directa del comportamiento del pueblo; *El pensamiento indígena y popular en América* (1970) elabora muchas de las observaciones de sus viajes y las sistematiza; *La negación en el pensamiento popular* (1975) desarrolla una interpretación del sentido de la negación y su valor ontológico; *Geocultura del hombre americano* (1976) y *Esbozo de una antropología filosófica americana* (1978) muestran a Kusch en su fase antropológica, donde hace filosofía y piensa a América a partir de la antropología.

En el “Exordio” de *América profunda* (1962) Kusch advertía al lector de que gracias a los trabajos antropológicos de José Imbelloni, José María Arguedas y Luis

progresado. Sus ensayos contienen testimonios de diversos informantes indígenas recogidos en sus viajes por Bolivia; valiéndose de ellos Kusch trató de adentrarse en el conocimiento ontológico de lo americano y elaboró su interpretación del “estar” y el “ser” en América. Su misión intelectual se inspiró en ensayistas como Canal Feijóo y Martínez Estrada, pero Kusch ambicionaba ir más allá que ellos y encontrar la raíz filosófica del drama de América.

Kusch procedió a “razonar el material arqueológico” y fue aventurándose en su interpretación del ser de América (*O.C.* II:7). En *América profunda* estudió el “viracochismo”, valiéndose de crónicas del siglo XVII que daban testimonio del culto del dios Viracocha en el altiplano altoperuano, hoy Bolivia. Cita diversos estudios de investigadores americanos, como Lehmann-Nitsche, Ricardo Latcham, Miguel León Portilla. Kusch analiza los datos sobre el mundo cósmico y sagrado de los incas, su relación con la tierra y el sentido simbólico de sus creencias. Señala que la idea del mundo que se hacían los incas a través de los “yamqui”, sus sabios, era resultado de su relación con la vida en esta tierra, desde donde surgía su filosofía. Para Kusch la filosofía no es universal sino regional, refleja las condiciones ontológicas de la existencia de cada pueblo. La filosofía contemporánea europea, así, no es universal aunque lo pretenda, su anunciado universalismo denota la aspiración colonial europea que busca imponer su experiencia histórica y el ser

En su próxima obra, *El pensamiento indígena y popular en América*, 1970, ya no apoya sus conclusiones en crónicas, da un paso más y hace investigación de campo. En 1967 había realizado un viaje al altiplano boliviano donde recogió testimonios de diversos informantes, a través de los cuales procuró interpretar el pensar indígena. Una de las conclusiones más interesantes a que llega en este libro es que en el “pensamiento seminal” yace la lógica original indígena del pensamiento popular. El pensamiento seminal, más afectivo que el pensamiento causal occidental, se concreta “a una negación de todo lo afirmado”, en lugar de afirmar, como lo hace el pensar causal europeo (*O.C.* II: 482). El pensamiento europeo se mueve en el “patio de los objetos”, espacio artificial que también podemos encontrar en América en el ámbito de la ciudad occidental instalada en ésta. El pensar seminal se da en “términos de contemplación y de espera” y “busca conciliar los extremos desgarrados a que se reduce en el fondo la experiencia misma de la vida” (*O.C.* II: 482-3).

El pensar seminal afecta profundamente la economía, ya que la economía indígena refleja el pensar seminal y la ciudadana el pensar causal, y generan relaciones sociales diferentes. Según Kusch, en la sociedad indígena “...el individuo no puede esgrimir su yo, sino que se deja llevar por la costumbre, la cual a su vez es regulada por la comunidad” (*O.C.* II: 491). Es un régimen “irracional” el individuo no cuantifica su

además de cuantificar en términos de una economía científica cierto tipo de relaciones, tales como el trabajo, el intercambio de mercancías, la libertad de empresa... (*O.C. II: 491*)”.

La economía de mercado responde a un criterio cuantitativo, mientras que la indígena es cualitativa; el capitalismo está sujeto a leyes matemáticas y de libertad en relación con las cosas; el indio también es libre, pero sujeto a “normas religiosas” (*O.C. II: 493*). Este hombre indígena, tanto como el hombre “moderno”, son abstracciones, advierte Kusch; el hombre real es el “pueblo” que no es ni totalmente moderno ni totalmente indígena y “...se desplaza entre un pensamiento causal y un comportamiento seminal” (*O.C. II: 496*). En el subdesarrollo, cree, no se acepta “el valor objetivo y neutro del dinero y de las cosas...”, sino que la relación con éstas está turbada de “implicaciones afectivas” (*O.C. II: 496*). En cualquiera de los dos mundos, el indígena o el moderno, el hombre busca su salvación, su trascendencia, procurando acercarse a lo que considera sagrado. Los 5.000 años transcurridos en lo que va del mundo del indígena al del civilizado europeo, o el americano colonizado, no transformaron tanto el universo del sentido dentro del cual se mueve la existencia: el ser humano hoy sigue buscando su trascendencia y su salvación.

Kusch vislumbra dos historias: la

resiste y lo niega, y se resiente, porque quiere afirmar su propio ser; es la historia positiva, afirmativa de la modernidad científica, mercantil, que quiere extenderse al resto del mundo. La gran historia, en tanto, que involucra y absorbe a la pequeña historia, es la historia del hombre en el gran teatro de la vida, en su dimensión biológica, donde el hombre intenta afirmar su yo y crear su propia historia a partir de la negación de la historia presente. Kusch concibe el yo y la historia, así como el ser, como continuo hacerse. En el momento en que se pretende imponer lo hecho, o forzar un modelo, se le está quitando su libertad al hombre. La pequeña historia de la modernidad occidental es falsa en América, es inauténtica, porque no contempla la necesidad ontológica y los valores del ser americano, que no se mueve del “ser” al “estar”, como el europeo, sino del “estar” al “ser”: el ámbito, el suelo, es determinante en este continente.

Kusch, desde su perspectiva fenomenológica, entiende que el ser existe en el tiempo y engendra su propia historia. Heidegger es su principal referente, aunque Kusch cree en el mestizaje intelectual americano y se comporta y piensa de manera heterodoxa, y como él dice, “herética”. Además de Heidegger cita también a Max Scheler y a Jung, hace referencia a lo cósmico y a lo sagrado, y a la importancia del mito en América (*O.C. II:292-5*).

La filosofía de Kusch progresa de lo general a lo particular, de lo universal filosófico a lo particular antropológico. En su última etapa, durante los años setenta (muere en 1979), elabora la base de su antropología filosófica apoyándose en lo pensado durante las dos décadas anteriores.

precolombinas, la vida contemporánea de las grandes ciudades y las culturas indígenas del altiplano, desde una perspectiva antropológico-filosófica y “cultural”, que no desdeñaba lo político ni lo literario. Se interesó por el mundo político del peronismo, al que juzgó auténtico por carecer de doctrina, y estar más cerca del hombre, su negatividad y resentimiento, elementos que lo diferenciaban de los partidos liberales burgueses. Gracias a esta postura auténtica, el argentino podía afirmarse y hacerse en su propio ser; el peronismo no forzaba al argentino a aceptar un ser inauténtico, colonizado; entendía la historia como un hacerse a partir de lo que está: el hombre argentino. Este hombre podía avanzar hacia el ser y lograr su estar-siendo americano auténtico. En lo literario, si bien juzgó a la literatura urbana y liberal producida a partir de la emancipación como una literatura falsa, porque trataba de imponer valores coloniales e inauténticos, de espaldas a la problemática de América, rescata obras como el *Martín Fierro*, el que se aproxima al pensamiento seminal americano.

La intuición filosófica de Kusch continuó su proceso de penetración de su realidad. Entendió el mundo americano como un drama, donde el hombre trataba de relacionarse con lo sagrado, con la divinidad. Escribió obras de teatro con personajes del mundo histórico argentino, como Juan Moreira y Chacho Peñaloza, y de la mitología urbana, el tango. Como hermeneuta, Kusch no se acerca a un mundo objetivo, sino a un

pensamiento, apoyándose en el saber de la época en que estuvo activo como pensador, entre 1940 y 1979, su filosofía se inserta en el pensar sobre América que ha vertebrado el ensayo moderno latinoamericano y argentino desde la emancipación, discutiendo conceptos como ciudad y campo, civilización y barbarie, modernización y atraso, el mestizaje, el futuro y la “salvación” de América. El conflicto entre naturaleza americana y saber europeo, cuyo estudio iniciara Sarmiento en su *Facundo* (al que Kusch somete a una severa crítica), vertebra el ensayo argentino posterior a 1845, con ricos momentos de producción ensayística. Entre esos pensadores se destacan, a fines del siglo diecinueve y principios del veinte, los positivistas, como José María Ramos Mejía, Agustín Alvarez y José Ingenieros y el grupo de ensayistas que surgen en el siglo XX a partir de la obra de Ezequiel Martínez Estrada, como Julio Mafud, H. A. Murena, J. J. Sebrelli y Rodolfo Kusch, quien da a ese pensamiento una modulación filosófica original y significativa.

Aquellos que queremos alimentar nuestro saber del saber hecho en América, a partir del desgarramiento y trauma que significa lo americano, necesitamos incorporar las ideas del ensayo latinoamericano como parte de nuestro repertorio activo de conocimiento para aprehender y entender nuestra realidad y nuestra cultura, e incorporar el punto de vista de pensadores latinoamericanos y argentinos en la interpretación de esa realidad. La crítica literaria y la interpretación

marginales de un saber sin mérito ni profundidad, sino como pensadores originales que poseen una ventaja indiscutible frente a los europeos y norteamericanos: han pensado desde Latinoamérica, desde el espacio latinoamericano y apuntan a problemas que sólo alguien que ha vivido en esta parte de América puede ver en todos sus matices. Necesitamos entonces sacudirnos nuestros prejuicios y devolvernos la fe para estudiar y entender nuestra cultura y vivir en América como seres totales.

interpretación del destino del hombre en América. Esta filosofía es un aporte permanente al saber americano, que está aguardando ser activamente integrada a las investigaciones actuales.

Bibliografía

Kusch, R.
2000 *Obras completas*. Rosario: Editorial Fundación Ross, 4 volúmenes.

Resumen

En este artículo analizo el pensamiento americanista del filósofo argentino Rodolfo Kusch (1922-1979). Estudio en sus diversos libros sus principales aportes a la filosofía de América, basados sobre sus investigaciones antropológicas en Bolivia y el altiplano argentino: su noción sobre el pensamiento seminal indígena, la oposición entre el ser y estar, su conceptualización sobre la pequeña y la gran historia, el papel del resentimiento en la psicología del indígena y lo que Kusch llama «el patio de